



... La muerte, que ha libado la miel de tu aliento, no ha tenido todavía poder sobre tu belleza: no estás vencida; aún la enseña de la belleza es carmesí en tu bandera de la muerte. Tebaldo, ¿yaces ahí tú en tu sangriento sudario? ¡Ah! ¿Qué más favor puedo hacerte, sino, con esta mano que quebró labios y tus mejillas, sin que haya avanzado hasta allí la pálida en dos tu juventud, romper la de quien fue tu enemigo? ¡Perdóname, primo!